

la estepa florecida

Martín Palacio Gamboa



poesía

I

A veces
un idioma de ceniza
traza otras distancias de mapas y meridianos,
conjugando otras ficciones,
puebla la noche de quemaduras ácidas.

A veces
la sombra del caballo
y de su ahorcado hace mover los trenes
y trastorna a gritos
este oscuro sol de podredumbre.

V

El germen de este ocaso
se siente más adherido a la madera
y al pentagrama
que al espacio fáctico del suelo,
a su monovalencia tardía de resinas y tentáculos.

El goce de sentirse causado
anda a traspiés de niebla
con un ágape sin turno, punta por punta
las formas en que utilizas tu disfraz a la escala del poniente.

La pregunta es transparencia de lo oscuro.
Todo es remisión que exige
la uña del demiurgo,
acto y potencia. Ya sea con la casa derribada
o con la verbatura escindida de Lomismo.

VI

Me doy pierna arriba
con el revés de la mañana,
no ya en la risa
ni entre los desarmaderos
sino bajo este polo petroquímico de levadura inmensa,
llámese mundo o soporte.

VII

Cada vez que los bestiarios
se multiplican en el torso de una latitud
concreta, resbálanse la espuma y las golondrinas
sobre las tejas verdes
y el desagüe.

Por eso digo yo que las auroras
se desgajan con su vocabulario de descargas
y en su angosto pasillo de festín omnívoro
sus sístoles
sus diástoles
se encuentran asediadas
por la fuga circular de la memoria.

No sé quién se quedó atrás
con toda su estatura o su estatuaria,
contemplando la tibia perfección de los deshielos,
no este trance de turbia cólera acallada
sino esa conjunción de hachas y laberintos
con su doble soledad
de espinas hasta el hueso.

IX

Si fuera la reanudación de los caminos o
si fuera la envergadura croma de algún cerro
aquí a la vuelta
con su destello brusco y su rastrillaje.

Si fuera mirando el mar o la estría en la vidriera
sin recordar la dura fibra,
todavía sangrando, de los cuervos y el desaire.
Si fuera este café de lunería.

Si fuera yo la vida eterna
y no su eterno ardor,
si fuera la nervadura de un corazón transgénico y vulturno,

me volvería a hundir
-oscuramente-
en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada.

De *Lecciones de antropofagia*, 2009

Nunca salí del tres.

Jamás podría haber salido de la máquina del mundo.

Los límites de una botella descansan sobre mi cornamenta geminianísima

ni bien la avenida de Mayo se llena de cráneos fosforescentes, esperando que el asfalto
deje de acumular los pasos de esa sangre que se filtra por las baldosas de los
bares.

La máquina del mundo es el ternario

sin várices

sin samplers

sin el sargento García

una lluvia de containers por la que la santísima virgen

decide chupártela entera a tan sólo veinte mangos.

Es la máquina del mundo.

La celebración de los planetas,

lo crudo y lo cocido.

Transmito mis aullidos con la felicidad de quien siente un par de uñas de gato

raspándole la garganta.

La cerrazón es mi casa y los omóplatos crujen cuando recuerdo a John Milton vagando

entre seccionales con la cara cruzada por un tajo.

Detrás de cada piedra, de cada jacarandá, se encuentra un retrovisor de mira
telescópica.

Es la máquina del mundo.

La expulsión llega a su fin, los clavos no logran diferenciarse de las enciclopedias, así
como tampoco la rueda de los mármoles más sucios.

Estudiantes universitarias protagonizan su hentai para tener con qué agasajar al gran
dios Pan – yo mismo escucho el ruido de sus cascos entre las bocinas y los
bombos de las manifestaciones.

Nunca salí del tres,
siempre estuve a la sombra con mi aliento a whisky o líquido de freno, pero esta vez la
luz abre su signo y me re-escribe.
Yo soy el gran dios Pan,
soy el gran fauno
y la gran máquina del mundo ahora es un hongo.

5

queee mááás puuueeedeee peeediirsee,
aaanteee eeestaaa siiituuuaaciiióón deee maaal deesgaaarroo,
queee eel preeeluuudiiiiooo deee uuun peeeriiiioodooo liinfaaal
eeen eel queee cooiiinciidaaan hiiistóóliisiiis eee hiiistooogéééneeesiiis
poor eel queee toodooo cuuueerpooo seee coonviiiieerteee
eeen caataacliismooo

Plagiomenaje paratextual a Humberto Gesinger, cuyo manejo del oxímoron responde a una experiencia escritural dispersa que atestigua una cierta vivencialidad posmosáurica de la nada. Para transmitir al receptor esta cualidad a través de un instrumento a todas luces incompatibles con tal empresa, Gesinger desconceptualiza el lenguaje y desmiente su natural capacidad de alusión. Según la estilística, la íntima unión sintáctica de dos conceptos o enunciados contradictorios podría significar un deseo de totalidad, de complementariedad, una racionalidad más profunda en la que se abarca la completud de lo existente. Sin embargo, no es esto lo que sucede en nuestro caso: en la realidad planteada por Gesinger no existe una dialéctica de la completud. Los opuestos conviven en el mismo instante y representan, no un nirvana, sino una aberración semejante al Minotauro. Aunque dos naturalezas contradictorias se conjuguen, el resultado no es el de una síntesis acabada, sino la anulación de sentido de ambas: no se busca la imbricación sino “para hacer sentir mejor que hay algo que es impresentable”, al decir de Baudrillard. He aquí el texto:

“Caníbal vegetariano devora planta carnívora”

el instante en que las puertas de los comercios dan paso a los leones
 se asemeja a cuando, acomodándote el bretel, diste con la explosión de los grandes
 tubos catódicos que hacían de sostén a nuestras casas;
 bauhaus ya no era un viejo grupo inglés de los setenta, sino la actualización de un mito
 por el que volverías a transmigrar en pájaro, en begonia,
 en un guerrero de místicos sigilos para el momento en que la saliva supiera a amianto y
 a salmuera.

el hecho estriba en que tras ese mal diluvio de enanas blancas en picada,
no hay otra apostasía que la de una botella rota tirada entre los pastos, allí donde te
pusiste a contemplar el mundo y las vigas del último edificio en pie.
supe que, entre mis costillas, los lobos se acunarían ante el radiólogo y sus placas;
supe que tú eras la rosa y el patíbulo en la anticipación de este edén apenas
consagrado.
supe que tú y yo éramos el borde de las cosas que piden algún nombre en lengua de
gigante.

De *Celebriedad del fauno*, 2014

1

Habib, dizías,
ávlame a mí i ke seas
tú kien avle, non il avla.
Non ese otro túmulo ke s'eskarva
entre las falitas desta gran tiniebla,
non il grumo ferbido in pesgadumbre.
Habib, dizías, sé esa erransia
di kien konverje agazapándose
-ospitalario- in la yanúra
blanka di la palavra última. La mía.
La tulya.
La muestra.

17

Su kavalyar a sido
la supresión total de la kreyensia,
una imanensia pura por la ke il peto dil dragón
topa al fin su lansa. I la prunta
ke non asierta djamás a revelar la esfinje
i la repuesta, esa otra sifra,
la endriz ke parte in dos la roka
al bodre di la plaj, ¿savrán truxer
a mi memoria ke alguna vez fi kavalyo?

12

Stá ese olyido
ke abidigua lázaro di tiempo
i sin vestijos di perduranza frente'l silisio
di la pantalya. Stá esa danza,
su intemperie, al pruntarme tú
en ké idióma suelo conxurar tu mano
sovre esas serraduras ke jiran kontra la rotasión mezma
di los anyos. Stá il mármol
di la entrada d'un otél in Paraguai i Agüero,
su eko ke siempre asiende a más profundo,
il rasional lyero di un tango cruel in il kartaz
ke suspende il kanto
d'una alhoja kualkyera asta il beleno.

Stá ese olyido.

15

Vaziyamos la djarra
i desde'l bar salimos
rumbo a la parada. Il balo
fe tu prometa, truxerme ese meridiano
d'anestral aisyanería. Fe mi prometa
la fruta frente'l espejo
o la yeladera Siam di los sinkuenta,
seer monte psicoactivo,
la mano soxeftándote dil pelo.

Komplirlas fe fazer di la istória un akto pánico,
la fiesta dil mendico ke diskonose al rey.

In la frontiera

la expansión di las glisinas se fas irreversible i los bubas vudú son kitados di su esfuenyo d'estope i báyat landra. Sé ke empesijarías a estirpar di mí esa mansana di kal viva invulneravle al ruego i al kuchilyo, il rezo, il biséfalo. In la frontiera non ay más ke muestra kondisión di milibares; in la frontiera non ay más ke muestra kondisión di orkídias radiaktivas; in la frontiera, *ya-habib*, non ay más ke muestra kondisión di presipisio.

De *Psikodalia*, 2017

Invoco a Melquisedec,
rey de las dunas y visitante asiduo de las órbitas lunares,
para que sus ojos
sean mis ojos,
que mis manos sean sus manos,
y que cuando nombre por su nombre a los que intenten saturar las tejas a golpes de
corona y raticida,
se piense en los cuchillos de las horas que se acercan.

Melquisedec, viejo y amado,
taumaturgo experto en hacer que los duraznos muestren
un diamante negro en lugar de un carozo,
te doy esta cabida entera para que habites huesos y pulmones,
para que la historia interrumpa su loop interminable de excavadora
y así cada mujer
y cada hombre
recupere su condición de estrella
y haga pedazos la historia de la mugre, esa que tiene la tráquea empetrolada
y nos vuelve alambreadores,
jabón desengrasante,
esponjas.

Melquisedec, caballo de cristal,
generador de asombros y prodigios en un eterno fluir de mil quinientos megatones,
voy regalándote mis venas,
ya empuñes el rayo del dios de los desiertos o un AK-103 frente al palacio legislativo.
No importa si esa voz tranquila de quien durmió durante años bajo el magma de un
volcán a punto de estallar
se sobreponga a mi voz
y entone las milongas que aún no se escribieron.
Quedo a disposición para llevar tu hábito y fundar un templo
en donde la ley que valga
saldrá de los mendigos y las putas.

Le doy la bienvenida al témpano.
También al nylon, a la ruda macho, al aserrín de las muñecas de la feria.
Le doy la bienvenida al vidrio roto de las estanterías, a esa coalición de cuervos en
compota.
Cuando nos toque cortar la lengua
y enrojecer el agua con que habremos de regar la cresta de los gallos que vendrán para
las próximas coronaciones,
el gran espantapájaros hará tragar la hostia que se hacinó en manos del otro gran
espantapájaros.
Sé quién celebra el regreso de esa boda por la que el bicho leviatánico se unirá a ese
mazacote de crema rancia en la Matriz por los siglos de los siglos.

Venga a nosotros ese otro reino,
su circo de Bolshoi,
todo el arcano que fue acumulándose pantalla tras pantalla
para dar con el Colgado
y un tres de espadas dado vuelta.
Venga a nosotros la pata de elefante, el bosque envenenado, la vigilia de los puros que
amenazan con su pan al hombro.
Porque no habrá paz ninguna.

Vamos a tomar mate, Sofía, Madre Resplandeciente, ojo derecho del alba,
que esta luna en retirada acalla al limonero y me hace ir y venir de la cocina al cuarto.
Tratemos de no hablar alto, causa primera del mundo, tótem boreal recién
hallado
al pie de una montaña,
las crías siguen sin ver la luz que se bifurca.
La yerba larga su olor áspero, las noticias breves que transcurren por los dedos son
registros de órdenes y regiones de un pliegue con forma de galleta.
Espérame en tu rincón, vientre primero,
regente del tercer eón, no sea que el purgatorio aterrice como un ártico sobre el
repasador que uso para abrir el horno.
Atrás quedó el mar muerto y su rostro de pergamino.
Sólo tú,
ahora,
permities que el espíritu absoluto haga un paréntesis.
Descanso el cetro al costado del ropero, nada más que para escuchar el ruido
abramelín
con que despiertas.

Quiero contarles de Eduardo,
el negro,
el hipopótamo,
el anunciador del espectáculo más grande y más antiguo,
el que carpía como un titán para trozar la tierra hasta encontrarla.
Por su gran boca el arpa era un mandamiento.
El fuego era su hermano, igual que la brasilera en la era de la harina y el cuero sin curar
de los potrillos.
Bajo la gran palmera todo era máquina,
todo era aurora,
todo era canción en portuñol de allá del Chuy o de Rivera.
Odiaba la gravilla suelta, la cruz.
Sé que todavía la sigue odiando.

Las rutas siguen esperando su peugeot destartado, el pan nuestro de cada día después

de que los fantasmas besaran su media luz hundida, sus historias sin cielo mientras calentaba el agua.

Eduardo era el capitán.

Su garfio acuático hacía restallar el muro del frontón.

Melchor de la polvareda, hermosa catedral, nido de las gárgolas modestas que olvidaron de pagar su diezmo, andamos de un lado a otro reencontrándonos las joyas que no quisimos. Sólo falta él, su risa de lémur que no sabe del diluvio y no le importa.

Aún el espectáculo más grande y más antiguo,
cuyo centro cósmico era donde dormitaba el mundo,
no empezó. Porque todo está por empezar,
Eduardo.

Si sólo se escucha el crujir del piso

y el góspel en sordina de los puertos donde el engranaje se hermana con los gatos,
si hay quien busca predecir el auge y el declive de esta Roma de dígitos en cascada,
mejor será no cargar encima una pared,

no hacer de cualquier neón un sol de alcance intergaláctico.

Sonará el vaivén del péndulo rozándonos las costillas,
se hará la hora de dar la mano hasta despertar con el pampero silbando bajo la suela.

Dos reyes y dos laberintos alternan su paso por el asfalto hasta hacer saltar los
espejismos, pero aquí la redención es tan sólo un manifiesto.

No hay despedida alguna,

nadie va a borrar los números del teléfono.

Las persianas soñarán con ser una guillotina.

Nosotros tenemos los raybans y la constelación de Andrómeda; se añadirán toneles y
garras para una fiesta que recién inicia.

Avísenles a los abrojos

que si sólo se escuchan los ecos más inmóviles

y el girar de una llave que sólo conoce el óxido que muerde los relámpagos más cortos,
habrá mazorca.

De *Los infraterrestres*, 2021

a Vicente Franz Cecim,
in memoriam

Qué puntos suspensivos
o mayúsculas rodantes sobre ese reino
de Andara, andándonos por las sienes y las venas,
vendrán a capitular tu paso psicodélico,
amazónico,
chamánico,
cuando al último pulmón el buitre
con nombre de mesías hienda el hacha.
Releo aún aquel mensaje de octubre
del 19: *"¿Vas al Templo Invisible?*
Allí encontrarás un libro Oráculo
que te hablará a través, siempre, de Visiones
InmanoTrascendentes
y caminatas entre lo claro y oscuro",
mientras la prisión de Lula te enervaba
hasta la espina
como una yará
al borde de un ataque
en medio de la selva; las voces,
las voces todas de ese Brasil profundo,
parecían ser costillas tuyas
apalabrándose,
adánicas,
para decir *"prefiero*
el Diluvio a la Historia de Hegel;
la Caída puede que esté por detrás nuestro,
pero se perpetúa ahora hacia adelante".
Quizás porque ya sabías que jamás habrá arca
de Noé para algunos: o caben todos, o ninguno
mientras la creciente
del Orinoco Atlántico
va devorándose el cimiento
de este gólgota impuesto como un cardo.
Quizás porque Andara, la arboleda,
el agua, toman conciencia
a partir de nos, como quien rompe
el magma antiguo de lo posible
envolviéndonos las manos
y la lengua; *"más allá o más acá del yo humano,*
intuyo que es donde menos somos que más somos.
Es tarde, Hermano, descansemos
en esta Madrugada. Y a tus hijos,
lo mejor de la Noche".

Está por venirse la tormenta.
Y aunque Santa Rosa
puntualmente
se atrase, las hormigas
comienzan a enloquecerse
y los perros se vuelven réplicas
de ouróboros en el piso
del galpón. Salen milongas,
fragmentos de algún cuento de Ballard,
la grasa en la sartén, las noticias
de esta Nueva Roma.
No digo que todo esté en su lugar
porque nada lo está
desde que cayó el último asteroide.
Pero así y todo, el relámpago,
la lluvia,
el trueno.

Sólo se trata, Loki,
de no seguir faltando a la materia.
Ella tiene
su nivel de tolerancia
algo restringida, pese a todo,
pese al amor que usted profesa
-últimamente-
por un orden supracósmico
de reglas algo ajenas al desvío
de la historia. Se le olvida,
Loki, que ambas
(hablo, claro, de la historia y la materia)
son potencia y son sustancia
al mismo tiempo,
casi diría que existen por sí solas,
fuera del martillo
y el cincel de los talleres
y las fábricas. Son las cosas
que da el dejar de pensarse dios
y volverse
un analista de sistemas:
el presente se hace bucle,
una cárcel ritual a cielo abierto.

Todo preso es político.

Palabra extraña,
catábasis. O sea,
un viaje al inframundo
y su noche. Hablábamos
de eso en el transcurso
de un viaje a La Paloma,
justamente, de noche
-que es también un viaje
hacia la noche de nuestro imaginario,
allí donde un territorio
de toscas, rancho a oscuras, pinos,
da paso a otro
que la memoria imprime
a un planisferio.
Lo inmediato,
ahora,
es una catábasis,
una reminiscencia
inserta en lo que está
-ya sea por designio
del Espíritu Santo
o de una táser-.
Cuando salgas
deja sin llave la puerta;
el viento verá en vos otro rostro.

Saquémonos,
pequeño saltamontes, la bandana
que aquí no llegan los gases
ni las balas de goma. Ni las balas. Lejos
de mí ser budista o ecuánime
de los dharmas y los karmas.
Pero en aras del infierno que conduzca
a algo mejor este páramo de vigas,
me urge,
queda preguntarse cuándo
el fin del arte o de la historia
-da igual- si en este sótano se siente
el olor de los neumáticos,
atrincheramientos,
liceos ocupados,
criminalizaciones
hasta de lo que escribe en la pared
la tribu de mi calle. Es el deseo,
pequeño saltamontes,

nuestro i can't get no que nos pone
al borde del abismo o la experiencia
de estar vacíos. Aunque es bueno
recordar que sin espacio
vacío, el movimiento
es
imposible.

De ***Frikinosis***, 2025



Martín Palacio Gamboa (Montevideo, 1977). Músico, artista visual, investigador, docente, periodista cultural. Sus discos se encuentran disponibles para su escucha y descarga gratuita en el sitio Bandcamp. Organizó selecciones críticas de poesía contemporánea brasileña así como uruguaya para la colección “Uniendomundos” de la editorial Detodoslosmares (Capilla del Monte, Córdoba). También realizó la antología de la obra éditada del payador anarquista Carlos Molina. Ha incursionado en el ensayo y la narrativa. Su obra poética se distingue por un constante diálogo con las vanguardias de la segunda mitad del siglo XX, la mística medieval, el canto popular y la cultura pop. Títulos: “Lecciones de antropofagia” (2009), “Celebridad del fauno” (2014), “Psikodalia” (2017), “Los infraterrestres” (2021), “Vulgaria” (2023), “Tunguska” y “Frikinosis” (ambos de 2025).

